

cielo juntos,¹ porque en el cielo conserva con su cualidad de Madre de Dios la autoridad que este augusto título le confirió sobre el Corazón de Jesucristo. Ella es en el cielo, como dice admirablemente San Bernardo, «la omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex.*»

¡Qué prodigios de gracias ha acumulado el Corazón de nuestro Salvador en su Santa Madre! ¿Y quién le ha obligado á esto sino el amor ardentísimo que abrasaba su Corazón filial respecto de su Madre?

Y la ama tanto, porque es su Madre; la ama á Ella sola más que á todas las criaturas juntas porque Ella le tiene más amor que todos los Ángeles y escogidos de cielo y tierra; la ama tan ardientemente, porque ha cooperado con Él en su grande obra de la redención y santificación del mundo.

¡Oh Corazón adorable del Hijo único de María! mi corazón está lleno de gozo viendo cuánto amais á vuestra dulcísima Madre. ¡Oh Jesús, Hijo de Dios y de María! inflamad mi Corazón en el amor que tenéis á vuestra Madre! Vos nos habéis dicho: «Ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho, hagais también vosotros,»² Por esto me mandais que ame cuanto pueda á Aquella á quien Vos tanto habéis amado. ¡Oh

¹ Data est mihi omnis potestas in cœlo et in terra. («S. Petr. Dam.»)

² Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis. («Joan,» XIII, 15.)

Madre de amor! sí, os amo con todo mi corazón en unión de vuestro Jesús, que es también mi Jesús.

¡Amémosla todos á esta Santísima Madre; amémosla como Jesús, con Jesús y en Jesús! Y en adelante no tengamos más que un corazón con Jesús y María: un corazón que deteste lo que Ellos detestan, es decir, el pecado bajo todas sus formas: un corazón que ame lo que Ellos aman, particularmente la inocencia, la humildad y la abnegación.

¡Oh Madre de bondad! alcanzadnos esta gracia del Corazón amantísimo de vuestro Hijo!

XVI

Lo que fué el Corazón de Jesús para su Santísima Madre durante su Pasión

Siendo Jesús el hijo más perfecto, el mejor hijo que haya existido, sintió con dolor amarguísimo la repercusión de los terribles dolores que su amadísima Madre tuvo que sufrir durante toda su vida, principalmente en los días de su Pasión. Los dolores de Jesús eran los de María, y los dolores de María eran los de Jesús.

Llegado el día de su acerba Pasión, Nuestro Señor, obediente hasta la muerte á su Santa Madre lo mismo que á su Padre celestial, pidió á la Santísima Virgen, en común sentir de los Santos, consentimien-

to para llevar á cabo su sangriento sacrificio, y Ella se lo dió con un amor y un dolor inconcebibles. Jesús le dió á conocer sus futuros sufrimientos, y le pidió que en ellos le acompañara en espíritu y en cuerpo.

Así, pues, María ofreció su Corazón, y Jesús entregó su cuerpo; y de esta suerte la Madre tuvo que sufrir en su Corazón todos los tormentos de su Hijo, y el Hijo tuvo que sufrir á la vez torturas inconcebibles en su cuerpo, y en su sagrado Corazón las del Corazón de su Madre.

Después de su tierna despedida, el Salvador fué á abismarse en el océano inmenso de sus dolores, llevando, como aguda saeta atravesada en su Corazón, el pensamiento y las desolaciones de Aquella á quien Él amaba sobre todas las cosas. Por su parte, la Santísima Virgen, entrando en profunda oración, empezó á acompañarle interiormente y á participar de las angustias de su agonía. María decía con Jesús: «Señor, cúmplase vuestra voluntad y no la mía.»¹

Durante la terrible noche de la Pasión, la Santísima Virgen siguió en espíritu á su querido y adorable Jesús, vendido traidoramente, abandonado, maltratado, cubierto de insultos y ultrajes, abofeteado, escupido. ¡Qué noche! El Corazón de Jesús no dejó un solo instante el Corazón desgarrado de su Madre, y le enviaba incesantemente gracias extraordi-

¹ Non mea voluntas, sed tua fiat. («Luc.» XXII, 42.)

narias para que pudiera sufrirlo todo sin morir. Entre otras gracias, le envió San Juan, su discípulo amado, que ya no la dejó, y fué el único entre los Apóstoles que la acompañó hasta el pié de la Cruz y hasta el sepulcro.

Sabiendo que se acercaba el momento en que debía seguir, no sólo con el corazón, sino también personalmente, á la Víctima divina hasta el sangriento altar del sacrificio, salió al clarear el día, acompañada de San Juan, de María Magdalena y de otras santas mujeres. Pronto, confundida entre la turba del pueblo, vió á su Hijo, su Señor, su Dios, y su único Amor; vióle pálido y desfigurado, arrastrado como vil malhechor del palacio de Caifás al de Pilatos, del palacio de Pilatos al de Herodes, y otra vez al de Pilatos, vestido de blanco en señal de loco. Vió á su dulce é inocente Cordero azotado y bañado en sangre en el pretorio; y luego, cubierto con andrajoso manto de púrpura, con irrisorio cetro de caña en sus manos, y coronado de espinas, ser mostrado á un pueblo ebrio de furor, y por último condenado á muerte. En sus oídos resonaba la horrible blasfemia: «¡Crucifícale, crucifícale! No tenemos otro rey que el César!»¹

Y durante todo este tiempo Jesús miraba á su Madre, á veces con los ojos del cuerpo, siempre con los

¹ Crucifige, crucifige eura. Non habemus regem nisi Cæsarem. («Joan.» XIX, 6, 15.)

del Corazón! ¡Qué de angustias en esta mirada! Imitando al inocente Cordero que se dejaba inmolar en silencio, María, como Oveja de Dios, lloraba y sufría en silencio. Sólo el silencio podía convenir á semejantes dolores.

Pónese en marcha el lúgubre cortejo. La Oveja podía seguir á su Cordero por el rastro de su sangre. Con esta sangre divina mezclaba la de su Corazón, es decir, sus lágrimas. Vió á su Amado, á su Jesús, caer bajo el peso de la Cruz. Vióle subir la cuesta del Calvario. Vióle, después de clavado en el terrible madero, elevarse como ensangrentada bandera de salvación y de esperanza, de amor y de justicia, de vida y de muerte, dominando la multitud. El amor la obligó á aproximarse lo más que pudo á su adorable Hijo, y durante aquellas horas interminables sufría con Jesús dolores que jamás podrá el hombre comprender; dolores divinos, en expresión de San Buenaventura. Todo lo que Jesús pendiente de la Cruz sufría en su alma y en su cuerpo, lo sufría la Madre de los Dolores en su Corazón.

Y desde lo alto de la Cruz, á través de las lágrimas y de la sangre que oscurecían sus ojos, el Redentor contemplaba á su Santísima Madre, y daba á sus sufrimientos un mérito que sólo Él medir podía. La sacratísima Oveja y el divino Cordero se miraban en silencio y se comunicaban sus dolores. Y á medida que el sacrificio avanzaba á su término, á medida que la santa Víctima entraba en las angustias de

la muerte, el sufrimiento inenarrable de Jesús, y por consiguiente de María, de María y por consiguiente de Jesús, subían, subían siempre como la marea de los grandes mares. Este sufrimiento llegó á su colmo cuando, consumado todo, el Verbo eterno crucificado exhaló su último grito de horrible angustia y de triunfo, inclinó la cabeza y entregó su espíritu. Jesús espiró mirando á su Madre. María fué la primera que recibió aquella divina mirada en Belén, cuando el Hijo de Dios vino al mundo; justo era que fuese también la última en gozar de ella cuando el misterio de la Redención se consumaba en el Gólgota.

¡Oh! ¡quién pudiese sondear los misterios de amor y de dolor contenidos en aquella última mirada de Jesús moribundo! Esta caía sobre la más pura de todas las criaturas, sobre la Virgen inmaculada, sobre la Hija predilecta del Padre Eterno, sobre la Madre de Dios-Hijo, sobre la Obra maestra y Esposa del Espíritu Santo. Caía sobre la mejor de las madres; sobre la que Jesús amaba más que á todas las criaturas de la tierra y de los cielos; sobre la compañera fidelísima de toda su vida y de todos sus trabajos.

Desde lo alto de la Cruz, el Corazón de Jesús nos dió por Madre á todos y á cada uno la Santísima Virgen en la persona de San Juan. Sí, del fondo de ese Corazón lleno de amor han salido estas dos palabras escritas en caracteres de fuego en el corazón de los verdaderos cristianos: «¡Hé ahí á vuestro Hijo!» y «¡Hé ahí á vuestra Madre!» ¡Recibir por Ma-

dre á la inmaculada Madre de Dios! ¡qué legado! ¡qué donación tan divina! Bien se reconoce en ella al sagrado Corazón de Jesús: sólo Él era capaz de semejante exceso de ternura! ¡Así se venga de los pecadores, dándoles su Madre inmaculada!

¡Oh buen Jesús! inocentísimo Cordero, que tanto sufristeis en vuestra Pasión y que visteis el Corazón virginal de vuestra Madre abismado en un océano de dolores! enseñadme, si os place, á acompañaros como Ella en vuestras aflicciones.

Enseñadme á odiar el pecado y á ser un buen hijo para con vuestra Madre. Pobre corazón mío, tan débil y tan culpable, ¿no te derretirás de dolor viendo que eres la causa de los indecibles dolores de tan Santa Madre y tan dulcísimo Salvador?

¡Oh Jesús crucificado, amor de mi corazón! ¡Oh María, mi consuelo y Madre mía! imprimid en mi alma un gran desprecio de las vanidades y placeres mundanales, y haced que tenga siempre ante mis ojos vuestros sagrados dolores, á los cuales deberé mi salvación y mi eterna felicidad.

XVII

Que el Corazón adorable de Jesús es una hoguera de amor á las tres Iglesias, triunfante, militante y purgante

El sagrado Corazón de Jesús es el foco de donde parten todos los rayos y todos los ardores que llenan de pureza, de hermosura, de beatitud y de amor á la Iglesia del cielo, á la de la tierra y á la del purgatorio. Las llamas omnipotentes de este divino Corazón abrasan también el infierno, con los demonios y los réprobos; pero no son sino las llamas vengadoras de su amor despreciado, «los ardores eternos,» del eterno amor, que envuelven en la tremenda santidad de la justicia á todos los que han rechazado la suave santidad del amor.

El sagrado Corazón penetra, ilumina y beatifica la Iglesia del cielo. Remontémonos con el pensamiento á las bienaventuradas mansiones donde Jesús nos prepara un lugar. ¿Qué son ese número infinito de Ángeles, de Santos, de Patriarcas, de Profetas, de Apóstoles, de Mártires, de Confesores, de Virgenes de Bienaventurados de toda edad y condición; qué son sino otras tantas llamas de la inmensa hoguera del Corazón del Santo de los Santos?

¿No es la bondad y el amor, no es la gracia de este divino Corazón quien les ha creado á todos, quien les ha iluminado con la luz de la fe, quien les ha

hecho cristianos, quien les ha dado fortaleza para vencer al demonio, al mundo y á la carne, quien les ha adornado con todas las virtudes, quien les ha santificado en este mundo y glorificado en el otro, quien ha encendido en sus corazones fieles el amor que tienen á Dios, quien ha llenado sus bocas de sus divinas alabanzas, Él que es la fuente de todo lo que hay en ellos de grande, de santo y de admirable? Si, pues, en el decurso del año celebramos tan magnificas fiestas en honor de estos mismos Santos, si les tributamos un culto tan solemne y legítimo, ¿qué no debemos hacer para honrar, celebrar y glorificar al divino Corazón, principio de la santidad de todos los Santos, de la beatitud de todos los Bienaventurados!

El Corazón de Jesús es el Corazón del Paraíso y el sol de la gloria de ese hermoso cielo viviente á donde, por su misericordia, esperamos llegar un día.

Si de la Iglesia del cielo descendemos á la de la tierra, vemos también en ella las maravillas del Corazón y del amor de Jesucristo, corazón y vida del mundo de la gracia, como es el corazón y la vida del mundo de la gloria.

¿No es el amor de Jesús quien, al constituir su Iglesia militante, ha puesto á cubierto la fe de los cristianos por medio del infalible Papado y de la santa jerarquía de los Pastores? ¿No es él quien ha fundado el sacerdocio y quien nos envía nuestros sacerdotes, es decir, nuestros salvadores, nuestros directores, nuestros guardianes, nuestros padres espirituales,

nuestros verdaderos consoladores? Si poseemos la verdadera fe, si somos cristianos, ¿á quién lo debemos sino al mor divino, al sagrado Corazón de Jesucristo?

Nadie más que Él ha agotado, por decirlo así, en los Sacramentos de la Iglesia todas las maravillas, todas las invenciones de su infinita misericordia. ¡Qué tesoro de amor el Bautismo, donde Jesús, aplicándonos la plenitud de los méritos de su sacrificio, nos purifica y santifica tan gratuitamente, que al recibir este gran Sacramento ni siquiera hemos sabido que le recibíamos! ¿Qué hombre hubiera sido capaz de encontrar en su corazón semejante pensamiento?

¡Qué tesoro de misericordia el inefable sacramento de la Penitencia, donde el amor divino, sin sacrificar nada de su infinita santidad, va todavía mucho más lejos que en el Bautismo, pues derrama el perdón con profusión admirable, y lo perdona todo, y perdona siempre al que de veras se arrepiente! ¡Oh Corazón adorablemente bueno de mi Salvador! ¡oh misericordia verdaderamente divina!

Y ¡qué tesoro de amor puede compararse á la Eucaristía, llamada por esta razón «el Sacramento de amor!» En él únese el cielo á la tierra; y bajo aquel blanco velo reside real y corporalmente en nuestros altares el Rey de los Ángeles y de los Santos, el buen Jesús, el Corazón de Jesús. Está en medio de nosotros, de día y de noche, sin cuidarse de su propia gloria, sin buscar otra cosa que nuestro corazón y nuestra felicidad. No hay madre que pueda olvidar-

se tanto de sí misma por amor de su hijo. Y sin embargo ¿qué es el corazón de una madre sino el sinónimo de la ternura, del amor, de la abnegación? Pues mucho más que esto es para su querida Iglesia el Corazón de Jesús.

¿Y qué diremos de los demás Sacramentos? ¿Qué del Evangelio, de la Escritura, de las mil instituciones de caridad y misericordia, corona de la santa Iglesia en toda la tierra? ¿Qué de las santas indulgencias y de todos los demás tesoros de la gracia?

Todo esto, sí, todo esto no es más que la radiación del amor del sagrado Corazón de Jesús. ¡Oh Señor! qué inestimable gracia la de haber nacido y de vivir en el seno de vuestra Iglesia! Esto es verdaderamente haber nacido y vivir en vuestro divino Corazón, en el seno de vuestro amor.

Por último, también la Iglesia purgante está llena de las sagradas llamas del Corazón de Jesús. Verdad es que en el purgatorio domina la santidad de la justicia; pero también tiene allí el amor su gran parte: pues si no hubiese purgatorio, el paraíso permanecería cerrado para la mayor parte de los hombres. ¿No es en efecto una verdad de fe que «en el reino de los cielos no puede entrar nada manchado?»¹ ¿No es igualmente cierto que, aun entre los fieles habidos por más perfectos, apenas hay quien lleve una vida tan pura, y haga una penitencia tan perfecta, para

¹ Non intrabit in eam aliquid coinquinatum. (Apoc. XXI, 27.)

que después de muerto pueda inmediatamente y á pié llano entrar en el cielo? La Iglesia del purgatorio debe, pues, enteramente su existencia y su salvación, así como sus inquebrantables y eternas esperanzas, al misericordioso Corazón de Jesús.

De este Corazón de bondad parten además todos los consuelos que mitigan las expiaciones de los fieles en el purgatorio. Jesús les envía para consolarles su santa Madre, y excita incesantemente en los corazones de los fieles de la tierra ese celo tan caritativo y ardiente para aliviar primero y libertar después á esas pobres almas, por medio de la santa Misa, de la sagrada Comunión, de las indulgencias, limosnas y demás obras buenas que aconseja la Iglesia.

Tan grande es, pues, el amor infinito de Dios á su Iglesia, en cielo, tierra y purgatorio. Tal es su adorable Corazón, del que salen y al que vuelven, para descansar en él eternamente, todos los que tienen la dicha de conocer al verdadero Dios, de adorarle, de amarle y de servirle.

Alaben sin fin vuestras bondades todas las criaturas, Corazón amabilísimo de Jesús, y canten incesantemente á vuestra gloria un himno de amor y adoración. Conservad vuestra gracia á los justos, purificad á los pecadores, iluminad á los ciegos, tened misericordia de todos los fieles difuntos. Sednos siempre consuelo en nuestras penas, remedio en nuestros males, fuerza y refugio en las tentaciones, nuestra esperanza durante la vida, nuestro asilo en la muerte. Así sea.